

LA RESPUESTA DEL CAPITAL: ENTRE LA PERSPICACIA Y LA PARADOJA

José ANGEL MORENO

Madrid

I. CUANDO EL CAPITAL ENTRA EN CRISIS...

LOS TIEMPOS están cambiando. Siempre, indudablemente, tautológicamente, es así. Pero pocas veces ha resultado este cotidiano acontecer tan tangiblemente perceptible como en la actualidad. Tras trece ya largos años de crisis, el mundo está dejando de ser el de antes de 1973. Y esto es algo que, aunque apreciable en múltiples esferas, se hace particularmente evidente en el ámbito de la economía. En efecto, no será difícil para cualquier observador medianamente atento apreciar que están empezando a producirse cambios muy significativos, cruciales, en la economía mundial. Los indicios son numerosos: van desde el plano laboral hasta el del comercio internacional; desde la humilde perspectiva del ama de casa que va al mercado o del parado que ya no va a su tajo hasta el sofisticado punto de vista del gran banquero; desde la vertiente política a la tecnológica.

Se trata en su mayor parte de cambios impulsados por los poderes económicos dominantes; es decir, por el gran capital. Frente a la pasividad defensiva de los restantes sectores sociales —fruto del propio durísimo impacto de la crisis—, es él el único que ha sabido reaccionar activamente ante el cambio de condiciones impuesto por la crisis. Es él así el que está protagonizando su lenta superación. No parece ya, en este sentido, cierto el extendido aserto de que el mundo se encuentra huero de remedios frente a la crisis. El capital hegemónico hace ya tiempo que ha encontrado el suyo, y está empezando, sistemática e internacionalmente —por encima de las inevitables especificidades nacionales—, a aplicarlo. El problema es que, como en el dicho popular, puede ser un remedio peor que la enfermedad. Así puede, cuando menos, parecer a muchos. Para entenderlo

quizás conviniera recordar muy brevemente —y aún a riesgo de repetir fenómenos archiconocidos— el carácter de la crisis.

Indudablemente, la crisis iniciada a principios de los años 60, de la que las subidas del precio del petróleo fueron sólo un episodio, es un complejo fenómeno de naturaleza multifacética: económica, desde luego, pero también tecnológica, ecológica, social, política, ideológica y aún ética. Y ello es así en cuanto que todas las vertientes parciales se subsumen en una global crisis de valores que acaba realimentando todas las manifestaciones concretas de la crisis. Son, de esta forma, todas las facetas básicas de la sociedad las que se han visto afectadas, por lo que cabe calificar a la crisis como estructural, impulsora de una transformación sustancial en el modelo social imperante. Pese a su generalidad, con todo, tiene la crisis un origen claro: se ha gestado en la estructura económica, siendo, por ello, el estudio de esta vertiente —que es el estudio de su nacimiento y desarrollo— absolutamente ineludible para comprender su verdadera dimensión.

Son múltiples, y hasta contrapuestas, las explicaciones que desde su surgimiento se han esbozado del origen y razones básicas de la crisis económica de nuestro tiempo: desde quienes sostienen que nació del vengativo rencor de unos cuantos jeques resentidos capaces de manipular el precio del petróleo, hasta quienes se contentan con repetir que no es sino el inevitable fruto de la omnipresente contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el más lento dinamismo de las relaciones sociales dominantes. La explicación en torno a la que se vertebran estas páginas se basa en una hipótesis bien simple y nada original: no es posible entender el profundo cambio acaecido en la economía mundial en los últimos años sin atender a lo sucedido en la relación entre el capital y el trabajo.

En esta perspectiva existen ya numerosas aportaciones, destacando, en opinión de quien esto escribe —por su solidez, grado de elaboración y capacidad explicativa—, las agrupadas en torno a lo que se ha dado en llamar "teoría de la regulación"¹. Según esta corriente de pensamiento, todas las crisis estructurales del sistema capitalista han sido producto de una disarmonía básica —insuperable con las medidas coyunturales habituales— entre el tipo de acumulación imperante —modelo productivo dominante— y el esquema de regulación —marco ordenador de los comportamientos de los distintos agentes económicos— planteado para hacer viable el modelo de acumulación. La crisis actual, así, sería el fruto tanto del agotamiento del tipo de acumulación dominante como de la invalidez del marco regulador. Ambos datan del final de la II Guerra Mundial y surgieron precisamente como respuesta a la anterior crisis estructural del sistema capitalista: se trata de un modelo de acumulación intensiva que ha sido calificado como "fordismo" y de un régimen de regulación monopólico, presidido por la

¹ Esta teoría ha sido desarrollada fundamentalmente por M. Aglietta, *Regulación y crisis del capitalismo*, Siglo XXI, Madrid, 1979, y continuada por otros autores franceses, especialmente R. Boyer.

concertación para la fijación de precios y vertebrado en torno a un marco distributivo presidido por la intervención estatal (lo que se ha conocido como "Estado de Bienestar").

En este contexto, la crisis ha afectado a los fundamentos mismos del capitalismo moderno, exigiendo para su superación tanto un nuevo patrón productivo como una nueva forma de regulación. Es éste el sentido del calificativo de "estructural": porque marca un límite infranqueable para toda una fase del sistema económico y porque supone una ruptura básica en la evolución de las fuerzas productivas y en la reproducción de las relaciones sociales.

La señalada inadecuación progresiva entre el modelo de acumulación y el esquema regulador se ha ido manifestando en una serie de tendencias que han acabado por resultar nocivas para el capital, aún cuando en su origen responderían en parte a sus intereses. Tendencias que, a la postre, se han plasmado en una acelerada caída de la tasa de beneficio empresarial, evidente —en líneas generales— desde finales de los años 60 y crecientemente incompensable con las medidas de política coyuntural o con las iniciativas contrarrestadoras desplegadas habitualmente en el interior de cada empresa. Ese ha sido el verdadero desencadenante de la crisis en la perspectiva del capital. Merece la pena, por ello, detenerse un instante en la observación de esas tendencias. A continuación se apuntan las esenciales.

1. Artrosis productiva

El primero de los factores explicativos de la atonía tendencial de la tasa de beneficio en el que debe repararse es el producido por el progresivo agotamiento de las posibilidades dinamizadoras de los sectores productivos motores del crecimiento económico durante las décadas anteriores. En efecto, los sectores básicos en la expansión iniciada en la posguerra —automóvil, petroquímica, siderurgia, construcción aeronáutica, ciertas ramas de la electrónica y subsectores derivados— empezaron en general a alcanzar su punto de saturación a finales de los años 60. Ello ineludiblemente significaba la próxima extenuación del último ciclo expansivo de larga duración del sistema capitalista, caracterizado, como todos los restantes, por una determinada tecnología y por el liderazgo de los sectores productivos auspiciados por ese patrón tecnológico. La crisis es, en parte, por tanto, la manifestación de la pérdida de ese liderazgo típica del periodo anterior.

La crisis energética desatada en 1973, y no concretada sólo en el encarecimiento del petróleo, es una faceta más del agotamiento mencionado del modelo productivo dominante. Un agotamiento probablemente más problemático que en depresiones anteriores porque coincide por vez primera con la conciencia de una escasez general de recursos básicos reveladora, en última instancia, de la incapacidad del medio ambiente natural para garantizar la continuidad de la especie de mantener el anterior despilfarro de recursos. Es ésta la razón por la que a muchos analistas les empieza a parecer la ecológica la contradicción fundamen-

tal de nuestro tiempo, puesto que en ella está en jaque la propia posibilidad de mantenimiento de la vida sobre el planeta. Es una contradicción, en todo caso, que obliga a tomar conciencia de los límites físicos que obstaculizan no sólo el esquema productivo dominante, sino también la propia concepción del crecimiento material continuamente acelerado. La crisis productiva entronca, así, con una mucho más amplia, y preocupante, crisis ecológica, manifestación y producto de las inconsecuencias del productivismo inherente a toda la civilización industrial.

2. Presión laboral

La segunda de las tendencias que han influido en la caída del tipo de beneficio deriva de un incremento constante del poder de negociación de la clase trabajadora, tanto en el seno de la empresa como en el conjunto de la economía nacional, desde el comienzo de la etapa de crecimiento acelerado en el mundo occidental (en torno a 1950).

Se trata de un fenómeno surgido por el propio interés del sistema en incentivar el consumo: la experiencia de los años 30 demostró que para evitar crisis de subconsumo como aquella y para posibilitar un crecimiento sostenido era preciso un creciente poder de compra popular. Pero este requisito ha generado a la larga también factores perjudiciales para el capital. Ya a mediados de los años 60 era evidente para muchos lo que Ian Gough ha denominado el "cambio estructural en la fuerza de trabajo"², sostenedor de una conflictividad laboral en aumento —que alcanzó su punto álgido en 1968— que propició mejoras salariales crecientes y que reveló una extendida contestación a las medidas de gobernabilidad empresarial.

3. Malestar ante el Estado de Bienestar

El complejo conjunto de mecanismos de intervención estatal en la economía aplicados desde el final de la II Guerra Mundial, lo que comúnmente se denomina Estado de Bienestar, ha sido el mecanismo básico del nuevo régimen de regulación de las economías capitalistas. Establecido fundamentalmente con el objetivo de evitar depresiones como la de los años 30, surge de la combinación de un marco estatal asistencial, dirigido a cubrir las necesidades consideradas esenciales de toda la población, con una inspiración keynesiana en política económica, enfocada a controlar y superar las oscilaciones cíclicas —y fundamentalmente el pero— de la economía y a incrementar el potencial de crecimiento, a través de una creciente inversión y participación del sector público en la actividad económica. Este aparato estatal, en torno a cuya implantación existió un extendido acuerdo político —si bien su impulso básico partió del partido demócrata americano y de los partidos socialistas europeos—, ha sido el instrumento fundamental del crecimiento continuado posterior a la Guerra: no sólo ha

² I. Gough, *Economía Política del Estado de Bienestar*, II. Blume, Barcelona, 1982.

evitado la gravedad de los movimientos cíclicos, sino que ha permitido una relativa cobertura de las necesidades básicas a todas las capas sociales, al tiempo que posibilitado la integración de los trabajadores en el sistema capitalista, contribuyendo poderosamente así a su legitimación social frente a los sectores tradicionalmente más desfavorecidos, a posibilitar los requerimientos para una fluida reproducción social del sistema y a facilitar su óptimo funcionamiento. Todo ello, evidentemente, en beneficio primordial —aunque no, desde luego, exclusivo— de los intereses económicos dominantes.

Sin embargo, tanto la política asistencial —legitimadora como la permanencia de la política anticíclica y de crecimiento keynesiana han generado también sus contrapartidas: ambas —la primera por el gasto público que a la larga acarrea, la segunda por el automatismo inflacionista que provocan sus medidas de expansión de la demanda— impulsan una doble tendencia al déficit público y a la inflación. Son fenómenos —y muy especialmente el nivel de gasto público— que han acabado siendo insostenibles para el Estado y disfuncionales para el capital, en cuanto que a niveles elevados entorpecen la lógica de la acumulación. Algo que, también, empezaba a ser claramente apreciable a finales de los años 60. Como puso de manifiesto J. O'Connor,

"los gastos estatales tienden a crecer más rápidamente que los ingresos, con lo cual se produce una creciente brecha estructural, que hace entrar al capitalismo en crisis"³. Una crisis fiscal que, al coincidir con la crisis general, se hace adicionalmente problemática, pues la recesión reduce la capacidad recaudatoria del Estado, al tiempo que incrementa las necesidades sociales que éste debe cubrir.

Es, en definitiva, un proceso que acaba poniendo en cuestión las bases sostenedoras del Estado Asistencial. Con ello, por tanto, entra en crisis no sólo la hacienda estatal, sino la filosofía política arquetípica del capitalismo avanzado y el esquema regulador que parecía haber dejado obsoleta la lucha de clases en el mundo desarrollado. Entra también en crisis el movimiento político impulsor por excelencia del Estado asistencial: la socialdemocracia.

De esta forma, a través del concurso de la tensión laboral creciente y de la crisis del Estado Benefactor, se produce a partir de un determinado momento —que suele coincidir en casi todo el mundo occidental con el fin de la década de los 60— la inversión de un mecanismo fundamental en el neo-capitalismo postbélico: la disminución tendencial del coste social de la reproducción de la fuerza de trabajo, probablemente el fenómeno básico en el rápido crecimiento del beneficio y de la producción en los años 50 y 60 y el rasgo más característico, según autores como Aglietta, de la naturaleza de esta fase del capitalismo.

³ J. O'Connor, *La crisis fiscal del Estado*, Península, Barcelona, 1981.

4. Desajustes producidos por la internacionalización

Junto a estas tendencias de carácter interno, presentes en todas las economías capitalistas avanzadas en mayor o menor grado, existe un cuarto conjunto de fenómenos influyentes en la tendencia decreciente de la tasa de beneficio de carácter internacional, es decir, provocados por la naturaleza de las relaciones internacionales.

De un lado, el agotamiento de los sectores productivos motores del anterior ciclo expansivo ha sido paralelo a un indudable crecimiento de la competencia internacional, tanto entre las economías desarrolladas como por parte de varios países del denominado Tercer Mundo —fenómeno, a su vez, complejo, en cuyo surgimiento han incidido consideraciones diversas, entre ellas el propio interés del capital transnacional—. Por otra parte, ha influido también la acelerada internacionalización de la economía producida en estos años como corolario de la propia expansión capitalista. Es éste un proceso que, desde luego, ha aportado indudables beneficios para el gran capital, pero que ha comportado al tiempo un considerable factor de inestabilidad en el contexto mundial que ha acabado coadyuvando a la crisis, o, cuando menos, extendido sus efectos. Se trata de un factor que, como se señala en un reciente y muy recomendable análisis, puede sintetizarse en "... la inexistencia, o más propiamente el retraso, con que a escala internacional se desarrollan las formas institucionales susceptibles de engendrar los automatismos propios de la regulación monopolista, cuya influencia continúa todavía esencialmente limitada a los espacios nacionales"⁴. Es decir, estamos ante una economía marcadamente internacionalizada en la que faltan, sin embargo, suficientes mecanismos institucionales para su regulación a escala internacional. Es una carencia ésta que ha sido parcialmente cubierta por el control informal impuesto por la potencia nacional hegemónica como único mecanismo para asegurar la coherencia del sistema. No obstante, y pese al mantenimiento de esta hegemonía, ha sido patente a lo largo de las dos últimas décadas la lenta pero continua pérdida de liderazgo de esta potencia, proceso con el que se han ido sentando progresivamente las bases para una inestabilidad creciente a escala mundial (de la que el desorden monetario no es sino una faceta). Algo tanto más preocupante cuanto que, como muchos estudiosos del tema han puesto ya de relieve, la propia internacionalización de la economía reduce considerablemente la capacidad de las políticas nacionales para controlar y estabilizar la economía⁵.

Esta inestabilidad, propiciadora tanto de cuantiosos beneficios como de pérdidas repentinas no menos importantes para los agentes que actúan en el mercado internacional, ha llegado a constituir un serio factor regresivo para el correcto desenvolvimiento de la práctica empresarial en este mercado, refor-

⁴ C. Ominami y R. Hausmann, "Crisis e internacionalización", *El Trimestre Económico*, nº 206, México, abril-junio de 1985.

⁵ Esta es, precisamente, la razón de las ventajas de las empresas transnacionales y del surgimiento de los mercados financieros internacionales. Vid. sobre esto A. Córdoba, "Caracterización de la crisis actual y estrategia del gran capital", *Nueva Sociedad*, nº 53, Caracas, marzo-abril de 1981.

zando así los impulsos negativos sobre el beneficio derivados de los fenómenos anteriormente apuntados y contribuyendo no poco a la consolidación de la especulación como actividad habitual en las relaciones económicas internacionales.

Se trata, como no es difícil apreciar, de tendencias todas gravemente nocivas para las diferentes economías nacionales —distorsionadas por la aparición simultánea de desequilibrios básicos (paro, inflación, déficits público y exterior)—; pero que, al tiempo, resultan claramente perjudiciales para el gran capital, afectándole en el punto crucial de su lógica de funcionamiento, donde "más le duele": en el beneficio. Esa es, sin duda, la razón fundamental de que todos los poderes económicos y políticos entendieran la crisis como un fenómeno decididamente negativo: por éste su carácter desfavorable para la clase dominante.

La crisis, así, da al traste con período de crecimiento inaugurado con el fin de la Guerra Mundial, con lo que se ha llamado "la edad de oro del capitalismo". Una etapa inevitablemente irrecuperable ya, porque el mundo tras la crisis no podrá volver a ser como lo fuera antes. Por eso, en esencia, son inútiles frente a la crisis las políticas anticíclicas tradicionales: porque responden a un contexto que ha dejado de existir; porque están pensadas para restañar los defectos de funcionamiento parciales de un modelo que ha dejado en bloque de ser útil. Si algo ha enseñado la experiencia de los últimos años ha sido, en efecto, la invalidez del arsenal keynesiano. No hay más que recordar el fracaso del intento expansionista del Gobierno socialista francés de 1981-82 para comprobarlo.

La crisis, por el contrario, avoca a un mundo nuevo que, como se apuntaba al principio de estas páginas, exige transformaciones drásticas en el sistema económico. Y así lo ha comprendido el capital. No deben extrañar en este contexto afirmaciones como la de André Gorz, para quien "las causas de la crisis... están inscritas en la estructura del aparato de producción, de tal modo que su eliminación no depende de la gestión de éste, sino de su reforma estructural"; o como la de Michel Aglietta, para quien "la solución de la crisis... es una transformación irreversible del modo de producción"; es decir, una transformación de la sociedad. Y como el mismo autor indica, esa nueva sociedad requerirá necesariamente, si se quiere que siga siendo capitalista, la modulación de una nueva cohesión social y de un nuevo esquema productivo capaces de impulsar otra vez a la baja durante un largo período el coste de reproducción social de la fuerza de trabajo, inaugurando así un nuevo proceso de acumulación y una nueva fase en la historia del capitalismo.

No le ha sido fácil al capital encontrar la fórmula teórica y, sobre todo, la fuerza política para superar el impacto de la crisis e iniciar el camino hacia esa nueva sociedad. Pero, cerca ya del final de los 80, parece disponer de ambos: ya tiene su estrategia y poder suficiente para ponerla en marcha. No poco ha

⁶ A. Gorz, *Los caminos del paraíso*. Laia, Barcelona, 1986. M. Aglietta, op. cit.

colaborado en ello tanto la ausencia de alternativas concretas y aplicables —la izquierda se ha quedado sin capacidad de respuesta tras la crisis, desarmada ideológicamente— como el propio acierto en su crítica a determinados aspectos del modelo anterior; una crítica que apunta en ciertos casos hacia problemas indudablemente reales frente a los que son precisas soluciones.

Las líneas generales de esta estrategia son nitidas: están polarizadas por la necesidad de contrarrestar las tendencias negativas anteriormente citadas. Los elementos que constituyen los pilares fundamentales de esta estrategia se describen, siempre sintéticamente, a continuación.

II. ... PROTEJA VD. SU CARTERA

1. La revolución tecnológica

Ante todo, el problema fundamental al que se ha debido enfrentar el capital es el de la obsolescencia del modelo productivo básico del período de rápido crecimiento de los años 50 y 60, a la pérdida de dinamismo y de capacidad de impulso de los sectores que se habían comportado como motores de ese crecimiento. Al igual que sucediera en todas las crisis estructurales anteriores del capitalismo, la superación de crisis actual exige la edificación de una nueva estructura productiva motriz. Y ello implica, ante todo, el desarrollo de la nueva tecnología capaz de servir de base a ese aparato productivo para impulsar una futura fase de expansión.

No debe extrañar, de esta forma, que la renovación tecnológica se haya configurado como la clave de bóveda de la estrategia de los poderes económicos dominantes frente a la crisis. Una renovación basada en la celérica aplicación a la producción de las intensas innovaciones científicas de las décadas anteriores, que está conduciendo a una rapidísima transformación tecnológica y al consiguiente desarrollo vertiginoso de nuevas posibilidades productivas, cimentadas básicamente en la introducción masiva de la informática, la microelectrónica y la robótica. Se trata de una modificación tan substancial que ha sido calificada como "revolución tecnológica" e incluso como "segunda revolución industrial", comparándola en su intensidad y consecuencias con la gran transformación técnico-productiva de finales del XVIII y principios del XIX.

No puede considerarse, por tanto, esta verdadera revolución —ya casi mítica para la cultura popular de nuestro tiempo— como un simple resultado de un progreso científico autónomo, que habría generado, por una casual coincidencia de innovaciones, este fenómeno. Se trata, antes bien, de un proceso dirigido y forzado por el gran capital, explicable por sus necesidades objetivas, que no sólo han de buscarse en un terreno estrictamente productivo. La renovación tecnológica, en efecto, no sólo es necesaria para la recomposición de una nueva estructura motriz, sino para la recomposición global del proceso de acumulación del capital. Son evidentes, en esta perspectiva, las utilidades que la renovación tecnológica puede prestar al capital en terrenos tales como el reforzamiento de la autoridad y de la gobernabilidad empresarial —estableciendo un nuevo salto

cualitativo en la sumisión del trabajador a la máquina (es decir, a su poseedor) y, por ello, en el control de la fuerza de trabajo—; en el imprescindible incremento de la productividad del trabajo; en las mayores posibilidades abiertas a la uniformización y movilidad de los trabajadores; y en la descentralización productiva. Y también es evidente, y muy especialmente, la funcionalidad que aporta cara a la sustitución de mano de obra por capital —crecientemente más barato en términos relativos y, sobre todo, más dócil y manejable que el trabajo humano— y, en consecuencia, a la reducción de los costes laborales por unidad de producto.

De esta forma, la renovación tecnológica es encarada por el capital como un proceso imprescindible en términos estrictamente productivos, pero también necesario por su virtualidad para la manejabilidad de la clase trabajadora y para la ruptura de su solidaridad, objetivos a los que colabora tanto por el paro que provoca como por la descentralización productiva —y consiguiente desconcentración obrera— que permite. De hecho, es ésta una de las razones explicativas básicas de la gran transformación técnico-científica de nuestro tiempo. Una transformación de largo alcance que busca compensar las ventajas contractuales y políticas que la clase trabajadora había conseguido en el marco del Estado de Bienestar; que busca, en pocas palabras, contribuir a la reducción de la capacidad negociadora y de actuación del sindicalismo. No es puro fruto de mentes calenturientas, en esta perspectiva, la consideración de la revolución tecnológica como un fenómeno presidido en buena parte por finalidades inequívocamente antidemocráticas, en cuanto que uno de sus principales objetivos es la reducción de la fuerza de lo que Galbraith llamara los contrapoderes del sistema.

La renovación técnico-productiva debe interpretarse, así, no sólo como una necesidad objetiva frente a la obsolescencia de las industrias básicas tradicionales, sino, más en general, como un elemento decisivo en el proceso de reordenación de fuerzas entre capital y trabajo que aquél precisa para superar la crisis según sus intereses y para sentar las bases de una nueva etapa de crecimiento. Un elemento decisivo, en definitiva, para la revitalización del beneficio empresarial: "las nuevas tecnologías —ha escrito A. Lope— forman el núcleo de prácticas adoptadas por el capital para afrontar su recomposición y dar respuesta a la crisis de forma que no se cuestione su hegemonia".

Pero esta renovación tecnológica no es, claro está, gratuita: la "modernización" —como algunos la denominan— tiene su coste. Su financiación exige recursos cuantiosos. En general, están siendo en parte facilitados por la liberación de capital que se está produciendo en los sectores tradicionales, en los que

⁷ Esta función de control no es cosa nueva, sino que ha ido implícita al propio nacimiento de la industrialización capitalista. Una ya clásica explicación de este fenómeno puede encontrarse en S. Marglin, "Orígenes y funciones de la parcelación de tareas", y en A. Gorz, "Técnica, técnicos y lucha de clases", trabajos ambos recogidos en el libro recopilado por Gorz *Crítica de la división del trabajo*, Laia, Barcelona, 1977.

⁸ A. Lope, "Revolución tecnológica y recomposición interna del capital: un proceso sin alternativa obrera", en P. Jódar y A. Martín (eds.), *Crisis económica y relaciones industriales*, Zero, Madrid, 1984.

está teniendo lugar un notable y sistemático proceso de desinversión. Pero esos fondos no son suficientes para tan vasto programa. Ha habido que buscar los complementarios —no necesariamente minoritarios— en los ingresos de los sectores populares —salarios del trabajo e ingresos de los pueblos del Tercer Mundo— y en una paralela intensificación de la productividad laboral. Esta es la verdadera textura de esas palabras tan aparentemente neutras y objetivas. Esta es la sangre que nutre el proceso de modernización impulsado por los grandes poderes económicos: la sangre del pueblo. "Antes de que un programa de inversiones de largo alcance pueda ser emprendido —recordaba ya en 1979 A. Gunder Frank— y de que profundas innovaciones tecnológicas sean puestas en funcionamiento, el capital requiere una elevación de la tasa de beneficios, y para ello se requieren vastas transformaciones económicas, sociales y políticas, a escala mundial"⁹.

Es esta ineludible necesidad la que explica el conjunto de medidas que se ha configurado como el segundo elemento —el primero cronológicamente— de la estrategia del capital frente a la crisis, que se describe a continuación.

2. Incremento de la tasa de explotación

En efecto, la solución de la crisis exigía para el capital ante todo libertad de maniobra, capacidad de innovación para poner en funcionamiento nuevos esquemas tecnológicos y productivos. Y eso exigía, a su vez, un prerrequisito básico: la posibilidad de imponer sus criterios a la clase trabajadora al menor coste posible; lo que, por su parte —como muy gráficamente señalara también Gunder Frank—, "... requiere una derrota política del movimiento obrero de la magnitud de la ocurrida entre 1920 y 1940"¹⁰.

Sin esta derrota muy probablemente no serían viables ni el incremento de productividad que el capital necesitaba para la recomposición de sus beneficios ni la modificación en la distribución entre consumo e inversión —en detrimento del primero— precisa para recabar los fondos necesarios para acometer la reestructuración productiva. Y naturalmente, esta modificación —padecida por el consumo popular— implica inevitablemente una presión a la baja sobre el poder de compra de los trabajadores.

Es una operación que el gran capital ha conseguido poner en práctica con indudable habilidad, amparándose en la necesidad auténtica de poner freno a los graves desequilibrios desatados por la crisis: la aplicación de políticas macroeconómicas deflacionistas, impulsoras de la recesión, además de sus finalidades oficiales, ha conseguido siempre trasladar los costes de la crisis a las clases populares. Esa ha sido la traducción política de las medidas de austeridad, que

⁹ A. Gunder Frank, "Desarrollo de la crisis y crisis del desarrollo: la vida como es", *Transición*, número 15, Barcelona, diciembre de 1979. Vid. también del mismo autor *La crisis*, Bruguera, Barcelona, 1977.

¹⁰ *Ibidem*.

quizás eran objetivamente necesarias, pero que han sido aplicadas con un sesgo clasista en absoluto técnicamente ineludible.

Antes bien, han avocado a un incremento del desempleo quizás mayor del inevitable y que ha sido utilizado como instrumento disciplinador por excelencia. La ausencia de frenos eficaces a su crecimiento, en efecto, ha sido la clave para el aludido debilitamiento del movimiento obrero y, en general, de las capas populares; una medida básica, en ese sentido, en la vía de salida de la crisis pensada por el capital. No se trata sino del clásico papel de abaratamiento del factor trabajo y de recomposición del beneficio que para toda la tradición marxista ha desempeñado siempre el ejército de reserva en períodos críticos, en los que desarrolla una fundamental virtualidad política —suhordinadora—.

Apoyándose en ese debilitamiento popular, el capital ha conseguido reducir sensiblemente, en términos relativos, el coste unitario de la mano de obra, tanto directamente como a través del desarrollo de estructuras productivas que lo posibilitaban. Directamente, vía las reducciones reales de salarios logradas en los procesos de negociación colectiva de los últimos años. Indirectamente, por medio de una estrategia de flexibilización productiva que aumenta progresivamente la debilidad sindical y las condiciones generales de trabajo. Es una flexibilización fundamentalmente concretada en el espectacular auge de la llamada "economía sumergida", fenómeno que no debe considerarse en ningún modo espontáneo, puesto que responde a un nítido objetivo de contrarrestar la fuerza sindical amurallada en torno a los grandes núcleos industriales —lo que en la jerga del capital se denomina "rigidez" del mercado de trabajo— y que se plasma en una considerable descentralización de la producción¹¹.

Es un proceso que, pese a ventajas a corto plazo en términos de empleo, debe considerarse como esencialmente patógeno, en cuanto que concede práctica impunidad al capital en sus relaciones frente al trabajo y en cuanto que, además, acaba generando un "dualismo" —una fragmentación— en el mercado laboral enormemente grave no sólo para los intereses del conjunto de los trabajadores, sino para toda la comunidad. Ello es así porque esa "economía sumergida" se abastece básicamente de una mano de obra contratada en condiciones de total precariedad, con salarios bajos, sin garantías ni seguridad de ningún tipo, sin derechos sindicales y, por tanto, sin ninguna fuerza contractual. El crecimiento de esta economía paralela, además, no hace sino debilitar el poder de negociación de los trabajadores de la "economía formal", contribuyendo decisivamente así a la progresiva imposición de las condiciones que el capital desea. Precariedad en el

¹¹ "La patronal —señala A. Gorz—... reacciona al establecimiento de un poder sindical sin precedentes con una especie de retirada elástica: hace el vacío en torno a los centros de poder obrero, de las grandes fábricas. Estos no contratan más, dejan envejecer y consumir sus efectivos, impulsan la creación de millares de pequeñísimas unidades periféricas, descentralizadas, que hacen trabajar a una mano de obra esencialmente joven, precaria, mal pagada y sin contratos, con horarios del siglo XIX". Cfr. "La mayor libertad posible", debate de P. Glotz y T. Fichter con A. Gorz, *Leviatán*, nº 23-24, Madrid, primavera-verano de 1986.

empleo, liberalización de la negociación laboral —es decir, mano libre para el capital—, presión a la baja de los salarios y recomposición de la jerarquía y de la gobernabilidad autoritaria de la empresa son sus corolarios. A lo que se une la mayor dificultad —a menudo imposibilidad— estatal para controlar y fiscalizar la actividad económica de este género.

Se trata, pues, de una reestructuración de las relaciones de clase en el seno de la empresa completada por un indudable éxito en la consecución de mayores grados de liberalización del mercado de trabajo a escala nacional, con el argumento de que las "rigideces" —derechos de los trabajadores— heredadas de la etapa de rápido crecimiento —conseguidas a duras penas tras no pocas batallas sindicales— obstaculizan la superación de la crisis, que debe basarse sobre todo en la capacidad de ajuste de la economía a las cambiantes condiciones de un entorno cada vez más incierto y en la flexibilidad de la actuación empresarial. No debe entenderse, sin embargo, que sólo hay demagogia en el discurso del capital en este punto. Hay también una dosis de verdad en la afirmación de que las economías occidentales —sobre todo las europeas— están lastradas por una cierta rigidez que las perjudica globalmente en momentos tan dinámicos como los actuales en los que priman la inestabilidad y la impredecibilidad. Es lógico, en este sentido, el que las empresas —como recientemente ha escrito L. A. Rojo— sientan "... la necesidad de adaptarse a esas nuevas condiciones adquiriendo una flexibilidad que las permita responder con presteza a los cambios de los mercados", buscando "... formas de organización con menor rigidez jerárquica y burocrática, más capaces de generar innovaciones, de remodelarse con facilidad ante variaciones en las circunstancias y de estimular la iniciativa de sus componentes"¹². Pero en esto, como en las políticas de austeridad, se está utilizando la necesidad como cobertura para desencadenar una auténtica ofensiva contra los derechos y las condiciones laborales de los trabajadores, sesgando maniqueamente el contenido de las "rigideces" y aprovechando la ocasión, más que para sanear y dotar de eficiencia mayor a la economía, para fortalecer en todos los ámbitos su poder de negociación y control; es decir, para robustecer su dominación sobre la mano de obra.

Es éste un proceso, de otro lado, en cuyo desarrollo, no debe olvidarse, está siendo fundamental la intervención estatal, en el marco, en general, de una dura presión antisindical, que en algunos casos —Gran Bretaña y EE.UU. son los más notorios— ha llegado a alcanzar cotas de auténtica visceralidad.

Es, de otro lado, una estrategia claramente paralela a otra política descentralizadora de la gran empresa: la encaminada a transferir al Tercer Mundo —a ciertos países— los procesos industriales que en el mundo desarrollado empiezan a no ser rentables (por el coste laboral, por las leyes ambientales, etc.). Descentralización ésta que influye no poco también en el proceso de debilitamiento del poder de negociación de la fuerza de trabajo en los países centrales, tanto por el

¹² L. A. Rojo, "Diez años de economía en Europa", *Diario 16*, Madrid, 15 de octubre de 1986, 131.

paro que provoca como por la capacidad de chantaje a los sindicatos que posibilita.

En cualquier caso, nos enfrentamos a una estrategia flexibilizadora y descentralizadora múltiple, enfocada a la recuperación de la tasa de beneficio empresarial y que se despliega tanto en el interior de la unidad de producción como a escala nacional e incluso internacional. Una estrategia que, como escriben A. Martín y P. Jódar, "grosso modo, ha intentado remodelar la relación de fuerzas estructuradas, impulsando todo aquello que... fomenta la heterogeneidad, la individualización y la atomización de las relaciones laborales"¹³. Es una remodelación, al tiempo, cuyos efectos no se circunscriben sólo al ámbito de la recuperación coyuntural de la tasa de beneficio; como señala B. Coriat, se trata de "un ataque de gran envergadura" que "va a transformar importantes aspectos del funcionamiento del mercado de trabajo" y "cuyo resultado es el retorno al primer plano del mercado como regulador virtualmente directo del empleo"¹⁴, contrarrestando todos aquellos logros sindicales de las décadas anteriores en torno a medidas de atenuación de las consecuencias negativas de ese mercado. La vuelta al imperio del mercado, no lo olvidemos, supone, ni más ni menos, la vuelta a la omnipotencia de quien controla ese mercado —el capital— y a la impotencia de quien en él está en condición de inferioridad —el trabajo—.

3. Liberalización económica y ataque al Estado de Bienestar

Pero ese retorno pretendido al imperio del mercado no se limita, claro está, a la legislación y a la práctica laborales. Toma cuerpo en todo un despliegue múltiple que trata de enfrentarse en todos los terrenos al tercer factor que ha obstaculizado el crecimiento del beneficio: los costes que plantea el denominado Estado de Bienestar al capital.

En efecto, la conciencia de la magnitud de esos costes impulsa una línea teorizadora que trata de demostrar cómo el edificio estatal del capitalismo moderno acaba generando barreras insuperables al crecimiento económico, en cuanto que desincentiva la inversión —por las limitaciones que impone a las ganancias empresariales— y al propio trabajo —por la presunta prima a la pereza y a la falta de voluntad de éxito que genera—. Aún más, acaba provocando una crisis general de la legitimidad del sistema y, llegan a decir, una auténtica ingobernabilidad del Estado, por el crecimiento continuo —y superior a los recursos— de las expectativas que propicia; por el impulso paralelo a la permanente defensa de intereses particulares sobre los generales y por los efectos que ello induce cara a la erosión del "pacto social" mínimo necesario para la estabilidad y buena marcha de la economía —en virtud de la supuesta descomposición del orden y la disciplina que impulsa—.

¹³ P. Jódar y A. Martín, "Breve ensayo sobre crisis y relaciones industriales", en P. Jódar y A. Martín (eds.), op. cit.

¹⁴ B. Coriat, "Relaciones industriales, relación salarial y regulación: la inflexión neoliberal", en P. Jódar y A. Martín, op. cit.

Frente a todo ello, el capital ha encontrado su solución: liberalización máxima de la economía y paralela reducción radical de las funciones y de la presencia del Estado en la actividad económica. Con ello, se afirma, se liberaría la energía potencial de la sociedad ahora aprisionada por el peso de la burocracia estatal, al tiempo que se posibilitaría no sólo el mayor crecimiento económico, sino incluso el mayor bienestar factible para todos, puesto que, como asegura H. Lepage —no sé si por ignorancia o por cinismo— “la mayor garantía contra todas las explotaciones es el mercado”¹⁵.

Se plantea todo esto en una doble vertiente:

A) En las funciones de regulación y estabilización de la economía, relegando al baúl de las doctrinas obsoletas muchas de las prescripciones de la política macroeconómica derivadas de la inspiración keynesiana, con la finalidad última de centrar la función gubernamental en la reducción de la inflación y en la eliminación de las rigideces de la economía, polarizando la atención en la política monetaria¹⁶.

B) En la reducción general de la dimensión del Estado, y muy particularmente de su papel en la política de asignación de recursos y distribución de la renta. Ello apunta a la reducción de los realmente preocupantes —y deficitarios— gastos públicos occidentales. No obstante, no es todo el gasto público el que colocan en su punto de mira los teóricos del neoliberalismo. Una parte de este gasto resulta un imprescindible apoyo para el óptimo desarrollo de la actividad económica empresarial, y fundamentalmente de la gran empresa, cumpliendo una función de sostén de la acumulación del capital privado. No puede extrañar, por tanto, que contra esta modalidad de gasto público nada tenga que objetar el capital. Es contra el dirigido a asistir a aquellos sectores sociales más desfavorecidos hacia el que apuntan los nuevos liberales. Más concretamente, contra el gasto público directo o indirectamente de carácter popular, contra la política asistencial del Estado. Con ello, naturalmente, tiene que tender a aumentar el grado de desigualdad social y la situación de marginación de los sectores más desfavorecidos, que no podrían acceder en el mercado a la cobertura de necesidades —a menudo perentorias— que antes encontraban en el sector público. Algo que los neoliberales admiten sin asomo de pudor: “El Estado —escribe R. Nozick— debe limitarse a hacer respetar las leyes que garantizan la libre iniciativa de los ciudadanos en todos los campos y no debe intervenir en absoluto para proteger a los débiles y para redistribuir, siguiendo un criterio de igualdad, las chances de la vida”¹⁷. Una cantinela que parece retrotraernos a los más duros tiempos del liberalismo decimonónico, cuando se discutía con todas las armas de la naciente

Economía Política la conveniencia de conceder ayudas estatales para la supervivencia de los pobres.

Se trata, así de reducir drásticamente todas las prestaciones sociales públicas, eliminando particularmente de ellas a los colectivos de menor poder de negociación. Una paradójica inversión de la situación de los años 30 que lleva implícita, como augura el premio nobel J. Tobin, una trágica tendencia a la redistribución negativa del ingreso nacional. Como con su proverbial tacto se atrevió a decir Margaret Thatcher, hacen falta más ricos; y a ello se ha puesto manos a la obra el poder económico, aún a costa de fabricar más pobres —y de aumentar la indigencia de los que ya lo eran— en el empeño.

Toma cuerpo, de esta forma, toda una teorización de la necesidad de un “Estado mínimo”, fundamentalmente centrado en las funciones de rector de la política monetaria y gestor de la seguridad y que debe procurar distorsionar lo menos posible el mercado. Algo que parece salido de la pluma de Adam Smith —es decir, enormemente viejo— y que constituye una carga de profundidad no sólo al keynesianismo, sino a la esencia de la socialdemocracia y al propio fundamento de la filosofía política dominante en los últimos decenios.

Naturalmente, la presión por el progresivo abandono por el Estado de campos de actividad implica una paralela presión por su absorción por la iniciativa privada. Se plantea así un amplio proceso de “reprivatización” de todos aquellos ámbitos de actividad que resultan atractivos para el sector privado. Y es éste un atractivo en muchos casos reciente, facilitado ahora por la propia renovación tecnológica —y sobre todo por la informática—, que puede reducir radicalmente los costes de producción individualizada de muchos bienes y servicios hasta el momento prohibitivos. Es muy especialmente el caso de sectores como la educación y la sanidad, en los que, como escribe B. Coriat, poco a poco “la lógica del seguro tiende a expulsar la de transferencia”, invadiendo el mercado ámbitos crecientes de la reproducción social¹⁸.

4. Nuevos impulsos al consumismo

Todo el proceso de reindustrialización, liberalización y reprivatización antes descrito lleva, además, aparejada una tendencia menos reseñada¹⁹, pero no por ello de menor trascendencia a largo plazo: para que dicho proceso pueda tener éxito es necesario que los nuevos productos fabricados y los servicios reprivatizados encuentren demanda real que posibilite su viabilidad en el mercado. Ello exige al capital encontrar nuevas formas individuales de consumo: producir la alteración precisa en los hábitos de consumo de forma tal que la gente acceda a comprar bienes antes no consumidos y a pagar por el consumo privado de lo que antes encontraba gratis —o a menor precio— en el sector público.

¹⁵ H. Lepage, *Mañana el capitalismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1979.

¹⁶ Una breve y clara exposición de este objetivo se puede encontrar en J. Tobin, “Reaganomía y Economía”, *Revista de Occidente*, nº 13, Madrid, mayo de 1982.

¹⁷ R. Nozick, *Anarchia, State, Utopia*, citado por L. Pellicani, “El futuro del socialismo, más allá del Estado Asistencial”, *Leviatán*, nº 18, Madrid, invierno de 1984.

¹⁸ B. Coriat, op. cit.

¹⁹ Existen, no obstante, honrosas excepciones, entre las que son de destacar los casos de A. Coriat, *Los caminos del paraíso*, op. cit., y A. Granou, “Consumo obrero, proceso de trabajo y crisis capitalista”, en VV.AA., *La izquierda ante la crisis económica mundial*, Pablo Iglesias, Madrid, 1980.

Pocas dudas pueden haber del impulso al consumismo que este proceso presupone: aumenta la necesidad de acceder al mercado para satisfacer necesidades según modalidades impuestas exógenamente. Asistimos con ello a un nuevo salto cualitativo en el proceso —básico para el capitalismo— de “monetización de las necesidades” (la expresión es de André Granou)²⁰, que conduce a un evidente progreso en el grado de mercantilización de la vida. Y con ello, como diría Ivan Illich, aumenta la dependencia de los individuos frente a los grandes poderes económicos, frente a ese “monopolio radical” que controla crecientemente aspectos básicos de nuestra forma de vivir²¹. O lo que es lo mismo, esa intensificación del nivel de mercantilización es paralela a una aceleración de la expansión de la esfera del capital, a una extensión del espacio social por él dominado: es la imparable expansión del reino de la mercancía.

Naturalmente, se trata de un proceso que está afectando muy significativamente al carácter del poder social, y no sólo por la aludida mayor dependencia del individuo frente al capital: la pérdida de importancia económica del sector público es, al tiempo, el reflejo y la consecuencia de una paralela profundización de la subordinación del sector público a la lógica capitalista. Algo, por otra parte, implícito en los propios fundamentos de la respuesta capitalista a la crisis, que se concreta en un reforzamiento de su capacidad de actuación, en un relanzamiento de los instrumentos directamente controlados por el capital y en una reducción de la relativa autonomía del Estado. Esa y no otra es la razón básica del ya apuntado cuestionamiento que esta respuesta implica para la filosofía política de la socialdemocracia, cimentada precisamente en el margen de actuación que el control estatal permite para reducir el ámbito de poder del capital.

5. Un paradójico reforzamiento del Estado

Por extraño que pueda parecer, y pese a lo señalado, todos los impulsos liberalizadores y reductores del papel del Estado en la economía son paralelos en la estrategia del capital a una presión fortalecedora de otros ámbitos del poder estatal.

Se trata, en este caso, de potenciar aquellas labores del Estado que pueden facilitar el óptimo funcionamiento del mercado cara a los intereses del capital. Es decir, de hacer jugar al Estado todavía más claramente en favor de los grandes poderes económicos. En pocas palabras, estas labores se concretan fundamentalmente en las de guardián del orden público-nacional e internacional—y en las de sostenedor y canalizador de las medidas económicas defendidas por el gran capital, de forma tal que puedan alcanzarse sus objetivos (posibilitando, por ejemplo, que los fondos liberados por el gasto público o por las empresas obsoletas acudan puntualmente a las actividades de mayores rendimiento y futuro). Estamos —como concluía en un muy lúcido artículo P. Dommergues cuando las tendencias no hacían más que despuntar— ante “la necesidad de un

²⁰ A. Granou, op. cit.

²¹ I. Illich, *La convivencialidad*, Seix Barral, Barcelona, 1974.

Estado cada vez más poderoso como único factor capaz de asegurar el orden económico, político, social, militar e ideológico”²². Pero poderoso no en lo económico y social, sino, esencialmente, en lo policiaco y militar, de forma tal que pueda imponer el nuevo consenso que requiere la respuesta del capital a la crisis y el consiguiente nuevo reparto de riqueza y poder.

No debería resultar extraño que esta actualización de la misión estatal redundara a la larga en una reducción de las libertades públicas y en un consiguiente incremento del totalitarismo. En efecto, toda esta teorización sobre el Estado viene presidida por una preocupante obsesión en torno a la “ingobernabilidad de las democracias modernas”, a la imposibilidad de atender a las demandas sociales y esperanzas individuales que el sistema genera y, en definitiva, a la inevitabilidad de limitar la democracia: “un exceso de democracia —ha llegado a suscribir la Comisión Trilateral— significa un déficit de gobernabilidad; una fácil gobernabilidad sugiere una democracia defectuosa”²³.

III. SOBRE ALGUNAS CARENCIAS Y CONDICIONES PREVIAS: ECONOMÍA INTERNACIONAL, ESTADO E IDEOLOGÍA

Hasta aquí, en apretada síntesis, lo esencial de la estrategia diseñada y puesta ya en funcionamiento por el gran capital para superar la crisis. Como se habrá podido apreciar, está intentando dar efectiva respuesta a casi todos los elementos impulsores de la caída tendencial del beneficio y de la crisis. A todos menos a uno: el derivado de los factores de inestabilidad que ha conllevado el proceso de internacionalización de la economía. En este punto, el capital —quizás por su propio carácter actual— no ha acertado a configurar el esquema que podría posibilitar una articulación armónica y funcional de los diferentes intereses económicos nacionales en el contexto mundial. Es éste, probablemente, el problema fundamental a corto plazo del sistema económico capitalista.

Esto es algo tanto más notorio cuando se advierte un fenómeno ya apuntado anteriormente: la indudable pérdida de capacidad de dirección de la economía por los diferentes Estados nacionales, frente al creciente margen de maniobra de las empresas transnacionales. Se asiste así a una cierta “anarquía” internacional, más preocupante que nunca por la propia potencia y autonomía de las unidades económicas en juego. Ello conlleva un riesgo cierto, derivado de la posible incapacidad de dichas unidades para “... lograr que sus políticas individuales, sin ninguna conexión entre sí, logren alcanzar la necesaria armonía y coherencia para garantizar que todas ellas confluyan en una estrategia eficiente contra la crisis”²⁴.

No ha de olvidarse, no obstante, que, pese al creciente poder de las grandes empresas, éstas necesitan de la intermediación del Estado para poder poner en

²² P. Dommergues, “El nuevo orden interior”, *Travesías*, nº 8, Barcelona, mayo de 1979.

²³ Declaración de la Comisión Trilateral de mayo de 1975. Citada por Virgilio Zapatero, “El futuro del Estado Social de Derecho”, en VV. AA., *El futuro del socialismo*, Sistema, Madrid, 1986.

²⁴ A. Córdova, op. cit.

práctica la estrategia que propician. Por eso, un paso prioritario en la respuesta del gran capital ha sido colocar en los Gobiernos a formaciones políticas proclives a la defensa de sus propuestas e influir en Gobiernos aparentemente alejados de sus posiciones para la aplicación de políticas favorables.

Ha sido esto algo en lo que, en general, el éxito ha sido indudable. Una vez superadas las primeras etapas de incertidumbre tras la crisis y por encima de no muy grandes especificidades nacionales y de momentáneas diferencias debidas más que a otra cosa al ciclo político de cada país, casi todos los Gobiernos han puesto en práctica —más o menos intensamente— políticas influenciadas por estas ideas. Políticas que, aun no siendo totalmente acordes con el liberalismo drástico descrito, han ido siendo poco a poco vertebradas por el discurso del capital, que ha conseguido ser contemplado como "la única política posible". Prácticamente todos los Gobiernos occidentales, en efecto, han ido convergiendo en una filosofía presidida por la necesidad de controlar los desequilibrios financieros, sanear la economía y ajustar sus aparatos productivos a las nuevas condiciones impuestas tras la crisis, utilizando para ello unánimemente medidas deflacionistas, reductoras de la demanda interna y que se han servido de la recesión como doloroso instrumento de saneamiento. De esta forma, y aunque se indique de ellos —son palabras del profesor Rojo— que "el sesgo liberal de las políticas practicadas ha sido... moderado", la coincidencia de todos ellos con las propuestas del capital ha sido, sea cual sea su matiz político, significativa. El propio Rojo ha escrito que "los Gobiernos europeos... han sido sensibles al tema de la flexibilización de las economías... y, desde posiciones políticas diversas, han presionado en favor de la moderación salarial; han apoyado e impulsado la reducción de las restricciones al despido, el desarrollo de formas flexibles de contratación laboral y la desindexación de los salarios; han favorecido la desregulación o la liberalización de determinados sectores; han desarrollado políticas de ajuste productivo e incluso se han mostrado dispuestos a privatizar empresas públicas...; en fin, han rehusado entrar en acuerdos con grupos de intereses que implicaran concesiones opuestas a las políticas de ajuste", al tiempo que "discutido la efectividad de los actuales mecanismos redistributivos, así como los costes y la viabilidad de los diversos sistemas de Seguridad Social"²⁵. Y todo ello, justifica Rojo, sin poner en ningún momento en cuestión los fundamentos del Estado de Bienestar.

Esta coincidencia, por mucho que se quiera disfrazar, es, desde luego, reveladora de la escasa autonomía real de los diferentes Estados nacionales. Pero ha sido también posible gracias a una intensa ofensiva ideológica, una poderosa, sutil y omnipresente campaña publicística de largo alcance. Es toda una amplia operación teórica de fuerte coherencia interna y no escasa elegancia formal encaminada a demostrar las excelencias de la iniciativa individual libre de cortapisas y la capacidad del mercado para desarrollar al máximo las energías potenciales de la sociedad civil, imputando en contrapartida al "exceso de

²⁵ L. A. Rojo, op. cit.

Estado" los principales obstáculos que frenan el desarrollo de las sociedades modernas.

Se trata, por tanto, de una reivindicación radical de las supuestas excelencias del utilitarismo descarnado como motor de la comunidad y de la paralela necesidad de la máxima libertad económica, base de la viabilidad de ese utilitarismo y fundamento de toda otra libertad. No hay libertad política posible sin riqueza, y no hay posibilidad de riqueza sin libertad económica. Una libertad, dicen los liberales, en serio peligro, acechada —como ha escrito su gran santón Milton Friedman— por "la amenaza que... supone la creciente presencia del Gobierno"²⁶. Es esa reivindicación de base la que les lleva a cargar sus críticas contra el igualitarismo: existe, dicen, una incompatibilidad insalvable entre libertad y equidad. Privilegiar la segunda conduce al autoritarismo. Por eso una sociedad libre debe permitir y aún impulsar cierta desigualdad, en la seguridad de que todos —pobres y ricos— aumentarán con ella sus niveles de bienestar.

Aún más, los nuevos liberales llegan a hacer una auténtica apología de la diferencia, consustancial —en su opinión— al hombre e ineludible para su progreso integral, pues sin ella se pierde el principal estímulo para el esfuerzo y el avance. Por eso no es posible sostener incondicionalmente a los que se niegan al esfuerzo y al triunfo (!): puede acabar desmotivando y desmoralizando a todo el cuerpo social. Ni tampoco positiva es esa —para ellos— pacata y peligrosa inocencia que identifica la pobreza con virtud y la riqueza con perversidad. Antes bien, ésta puede ser el fruto legítimo del trabajo honrado, y es necesaria —económica y moralmente— su recompensa. Así, no sólo es injusta —concluyen—, sino también insensata esa extendida actitud de nuestro tiempo que penaliza el éxito y apoya el parasitismo social.

Por eso, también, puede ser tan nocivo el Estado asistencial y por eso urge limitar su margen de actuación, y muy particularmente en materia de política social, porque puede a la larga convertirse en un cáncer mortal para el sistema. Un cáncer en absoluto achacable al capitalismo, sino todo lo contrario: "si Occidente está enfermo —arguye ese magnífico publicista que es H. Lepage... no es porque nuestra sociedad sea capitalista, sino precisamente porque nunca ha sido de verdad capitalista"²⁷.

IV. SINTESIS E IMPLICACIONES

Se trata, pues, de una estrategia coherente, multifacética, que trata de superar los obstáculos básicos que se oponen al capital con la reactivación tendencial del beneficio. Una estrategia encaminada a alterar las condiciones que presidieron el

²⁶ Prefacio a W. Simon, *A Time for Truth*, Berkley Book, Nueva York, 1978. Citado por J. Requeijo, "Catch 22. La saga neoliberal", *Información Comercial Española*, nº 558, Madrid, febrero de 1980. Este artículo es una muy completa síntesis de las principales ideas económicas del neoliberalismo y ha servido de referencia fundamental.

²⁷ H. Lepage, op. cit.

anterior ciclo expansivo de la economía occidental y ahora ya obsoletas, posibilitando la generalización de nuevas instituciones y de un nuevo modo de regulación de la economía y creando un nuevo estilo de cohesión social que permita reducir el coste de reproducción de la fuerza de trabajo, al tiempo que sentando las bases de una nueva estructura productiva capaz de dinamizar la economía. La filosofía de la respuesta gira, por tanto, en torno a dos columnas centrales: nuevas tecnologías y reactivación global del papel del mercado como mecanismo regulador básico de la asignación de recursos y de la distribución del ingreso.

Es ésta la razón de que se haya dado a este evidente giro en la táctica del gran capital denominaciones como "inflexión neoliberal"²⁴, en tanto que supone un nuevo esquema de regulación de la economía e incluso la base de un tipo diferente de acumulación: es decir, una nueva estructura productiva y una nueva estructura de jerarquización social. Se habla, así, de neofordismo: una nueva fase en el modo de producción capitalista.

Se trata de planteamientos que, con la evidente complicidad de los respectivos Estados, están alcanzando su más clara expresión en los Estados Unidos y el Reino Unido, pero que, como ya apuntábamos anteriormente, están poco a poco arraigando en todos los países capitalistas avanzados e intermedios.

Se van esbozando con ellos progresivamente sociedades muy flexibles, innovadoras, de gran dinamismo tecnológico en algunos casos, altamente mercantilizadas siempre y posiblemente capaces de mayores ritmos de crecimiento productivo. No debe pensarse por ello que el capital ha encontrado el remedio objetivo de la crisis: ha encontrado "su" solución, o está en ese camino. Es decir, la forma de superar a corto y medio plazo las tensiones depresivas sobre el beneficio; pero ello no significa que se esté ya en la senda de una nueva fase expansiva de larga duración de la economía internacional, ni que se hayan solventado en profundidad todas las contradicciones que frenaron la expansión anterior. Mucho menos significa que se haya dado con un remedio salvador para reducir los problemas socio-económicos de las poblaciones occidentales. Y esto es así por la propia naturaleza del modelo de actuación planteado.

Es necesario a este respecto hacer, en primer lugar, referencia a una tendencia que me parece corolario inevitable de la estrategia neoliberal. Se trata de su carácter: es un modelo nitidamente productivista, que persigue ante todo el máximo crecimiento conseguible en el menor plazo posible. Además, y por propia definición, es un modelo que se caracteriza por la cesión de ámbitos de decisión crecientes al mercado. Y la lógica del mercado es, por naturaleza, una lógica de corto alcance, presidida por la necesidad del beneficio más o menos inmediato. Como indicara Joan Robinson en un texto de obligada referencia²⁵, ello implica una insuficiencia decisiva: su despreocupación por el carácter y la

finalidad de la producción social. Todo lo que genera beneficios rápidos y privatizables es útil, sean cuales fueren sus efectos a largo plazo y sobre la comunidad. Y esto, en un mundo con recursos básicos cercanamente limitados, puede ser suicida. Los costes sociales que una ceguera tal puede provocar son evidentes: cada vez resultará más costoso reproducir esos recursos escasos (materias primas, energía, oxígeno, espacio, agua, paisaje, etc.). De esta forma, la viabilidad del sistema presupone cargas sociales crecientes derivadas de su propia reproducción. Cargas que sólo podrían ser absorbibles de producirse un desarrollo tecnológico de velocidad superior a la del crecimiento de los costes —cosa no tan factible como los apologetas del sistema aseguran—, pero que, en cualquier caso, exigirán gastos de "saneamiento" también crecientes y que, inevitablemente, serán fundamentalmente costeados por los sectores de menores recursos. Y lo serán tanto más cuanto más radicalmente se aplique el recetario neoliberal, que implica una capacidad en aumento de transferir costes sociales por quienes los producen (empresas) al conjunto de la sociedad, en virtud de las facilidades que permite la estrategia desreglamentadora y liberalizadora.

Si a ello se añade el probable crecimiento de costes sociales impulsados por otras tendencias implícitas en el modelo defendido por el gran capital (y el caso más notorio es la del militarismo y desarrollo armamentístico), no parecen exageradas las palabras de J. Herbig: "cada vez, por mor del propio sistema, hay que desgajar una porción mayor del producto global para mantener un grado suficiente de reproducción económica"²⁶. Cabría, en esta perspectiva, preguntarse por la rentabilidad económica neta de un sistema organizado sobre estos presupuestos, e incluso por el propio éxito del gran capital en su intento de reducir drásticamente el coste social de la reproducción de la fuerza de trabajo.

Surge así un primer elemento negativo derivado del modelo neoliberal para el nivel del ingreso popular. Pero el modelo puede generar presiones aún más nocivas para los sectores mayoritarios. De entrada, una ha sido ya destacada abundantemente: es muy probable —más bien, parece inevitable— que conduzca a una constante intensificación del paro. Es ésta una tendencia que, por alto que fuera el crecimiento económico, se revela como resultado necesario de una aceleración tecnológica tan fuerte como la actualmente en curso aplicada en un contexto progresivamente liberal —es decir, con cada vez menos elementos compensadores de los impactos del mercado—. De hecho, casi todos los estudios serios de prospectiva coinciden en esta lúgubre previsión.

Debe, además, recordarse que este paro en aumento afectará a una población laboral crecientemente dualista, con extensos sectores subproletarizados (o, como diría Marx, lumpenproletarizados).

No es difícil imaginar a dónde puede conducir tal estado de cosas: a una sociedad cada vez más desequilibrada y desigual, con condiciones de vida progresivamente más difíciles para cada vez más gente. O lo que es lo mismo, una

²⁴ B. Coriat, op. cit.

²⁵ J. Robinson, "La segunda crisis de la Teoría Económica", *Información Económica Española*, número 498, Madrid, febrero de 1975.

²⁶ J. Herbig, *El final de la civilización burguesa*, Crítica, Barcelona, 1983.

sociedad en la que la pobreza y la marginación se incrementarán, en medio de una riqueza global —pero privatizada— y una tecnificación en ascenso.

Uniendo a este panorama la anteriormente comentada tendencia al crecimiento de los costes sociales, puede apreciarse la existencia de un peligro real para la viabilidad del modelo y del propio sistema: la estabilidad socio-política de los países de economía de mercado más adelantados se ha basado en un permanente incremento de la capacidad de consumo y del nivel material de vida popular; si este incremento se detiene, e incluso se invierte, la estabilidad puede verse comprometida: "como quiera —señala el ya citado Herbig— que la lealtad de la mayoría se consiguió sólo merced a su condicionamiento por el consumo, el hecho de no satisfacer las expectativas creadas puede liberar importantes fuerzas contra el sistema", con lo que puede producirse "la ruptura del pacto social"⁵¹. De aquí a la generalización de la conflictividad social sólo hay un paso, que probablemente se daría. Se trata de una conflictividad, además, que —como recuerda J. F. Tezanos⁵²— sería mucho más radical y violenta, por desesperanzada, que la tradicional en el capitalismo avanzado, pues sería planteada "desde fuera del sistema", por los marginados, por los que no tienen nada que perder. Una conflictividad, a la postre, que "puede acabar resultando más antieconómica que el desmontaje de los esquemas políticos del Estado de Bienestar". Se aprecia, una vez más, el riesgo que para la propia rentabilidad del sistema plantea la solución liberal. No sería nada improbable, al tiempo —y ya se ha apuntado algo de esto en epígrafes anteriores— que todo esto redundara en contra de la legitimidad del sistema político ni que avocase finalmente a la necesidad de una solución autoritaria. Si el capitalismo está ya pareciéndose no poco al mundo aparentemente feliz que describiera Huxley, puede no ser imposible que acabe asemejándose al descaradamente infeliz que retratará Orwell.

Se autodestruye con ello —si es que la experiencia histórica no lo ha demostrado suficientemente— la teorización básica del neoliberalismo, que defiende que sólo en la libertad económica puede brotar la política. Al llevar este argumento hasta sus últimas consecuencias, es necesaria su inversión; pero no importa: ahora se aduce que se trata sólo de un frenazo temporal inherente a la propia limitación humana —existen límites en todo proyecto humano; también en la libertad posible—, necesario para que pueda en el largo plazo conseguirse mayores cotas de libertad y de bienestar. Se acaba, así, en lo que Virgilio Zapatero⁵³ ha calificado de "reductio ad Hitlerum" del capital: "de la mano invisible pasó a la mano visible; de la mano visible a la mano dura".

Por lo tanto, y esta es la gran contradicción de la propuesta del capital, la estrategia neoliberal puede avocar al final a un neototalitarismo en el que necesariamente la militarización —algo ya apreciable— tiende a convertirse en

⁵¹ Ibidem.

⁵² J. F. Tezanos, "El cambio social y los nuevos sujetos sociales del proyecto socialista", en VV.AA., *El futuro del socialismo*, op. cit.

⁵³ V. Zapatero, op. cit.

pilar del Estado y en el que el Poder esparce sobre la población un mensaje defensivo y pesimista, a veces puritano, a veces escapista, pero siempre cimentado en el miedo, tanto a escala doméstica como nacional e internacional⁵⁴. Paradójica final para la estrategia liberal, que no debería provocar demasiada extrañeza, pues hay precedentes significativos; liberales, por ejemplo, inspiraron la política de Pinochet o de Videla.

Frente a esa solución totalitaria, el capital sólo tendría una alternativa: que el sistema subviniera a la cobertura de las necesidades básicas de los sectores marginalizados; es decir, que sostuviera económicamente a los parados. Algo que, como André Gorz viene explicando repetidamente⁵⁵, podría no ser incompatible con las esencias liberales: es la tesis del impuesto negativo que preconiza con lucidez Friedman. Serviría para estabilizar el sistema, para mantener adecuadamente la capacidad de compra y para ayudar al sostenimiento de empleos de muy reducido salario —que serían demandados por parados deseosos de elevar sus ingresos—, eliminando toda otra actividad asistencial del Estado y colaborando así a un presunto más limpio funcionamiento del mercado.

Esa podría ser la apuesta del capital: evitaría la violencia social y permitiría la continuidad del crecimiento y de la acumulación, en un régimen de consumo de masas controladamente propulsado. Una solución que, aún evitando la indigencia mayoritaria, supondría la consolidación del dualismo y la dependencia total respecto del Estado subvencionador. Es decir, la consolidación del limosnerismo como estilo de vida y la paralela consolidación de una clase miserable, pero estable, capaz de sobrevivir y útil socialmente sólo por su capacidad de gastar las limosnas en el mercado. Un modelo social cada vez más lejano, por otra parte, del capitalismo puro, en cuanto que deja de depender del valor de cambio de la fuerza de trabajo, y que se acerca a lo que Gorz y Touraine denominan "sociedad tecnocrática programada". Es, frente al modelo de Orwell, la victoria de la alternativa "feliz" de Huxley.

Sea como fuere, parece que no le falta razón al socialista Tezanos cuando afirma que "el problema deja de ser exclusivamente técnico-económico para convertirse en un problema social", centrado en la permanente cuestión de "cómo y quién mantiene a los cada vez más amplios sectores de población no laboral"⁵⁶.

Pero existen riesgos de otro tipo en la respuesta del capital a la crisis. Como ha puesto de manifiesto un moderado economista francés⁵⁷, puede no haber sólo racionalidad en el intenso cambio tecnológico impulsado por el capital. Antes bien, se están adoptando como remedio a la crisis opciones tecnológicas que

⁵⁴ No debe dejar de consultarse sobre esto el libro de C. Paris, *Crítica de la civilización nuclear*, Ediciones Libertarias, Madrid, 1984.

⁵⁵ A. Gorz, *Los caminos...* op. cit.

⁵⁶ J. F. Tezanos, op. cit.

⁵⁷ M. Godet, "From the Technological Mirage to the Social Breakthrough", *Futures*, junio de 1986.

pueden no ser acertadas o aprovechadas económicamente. En parte, porque se piensa en la tecnología como panacea frente a todo problema, cuando la solución puede ser de otra índole. La experiencia del sarampión nuclear debiera haber servido de escarmiento, pero parece ya olvidado el inmenso despilfarro que ha causado y el tremendo sesgo del análisis en que se basó. De otra parte, porque muchas de las transformaciones tecnológicas propiciadas requerirían cambios sociales y políticos previos para hacerlas útiles. De no producirse estos cambios, el presunto remedio puede provocar mayores dolores que la enfermedad que pretende combatir. En este orden de cosas, puede que la gran "revolución tecnológica" de nuestro tiempo no genere tantos beneficios como señalan sus defensores, ni sólo beneficios. "Si no empezamos a encarar estos problemas —señala Godet—, corremos el riesgo de desperdiciar nuestros esfuerzos tecnológicos (inversiones ineficientes) o de dirigirlos en una dirección que no corresponde a las aspiraciones sociales o a las limitaciones económicas reales"²⁶.

Cabe, de esta forma, pensar que la solución propuesta por el capital frente a la crisis puede conducir a largo plazo bien a una agudización de los conflictos y a la propia desvirtuación del sistema democrático formal, bien a una institucionalización radical del dualismo y del paro y subempleo masivos. E incluso puede que la presunta racionalidad tecno-económica en que se basa conduzca a una acentuación de la ineficacia y de la irracionalidad, aún en términos puramente económicos; mucho más, desde luego, si el cálculo se realizara tomando en consideración los recursos físicos.

Cabría añadir que en ambas tesisuras el modelo implicaría una probable intensificación de los múltiples corporativismos ya existentes —que, como ha puesto de relieve entre nosotros Salvador Giner, conforman ya una sociedad auténticamente grupal²⁷—, y una consiguiente escalada en la insolidaridad social y en el egoísmo como principios rectores de los comportamientos de los distintos grupos sociales, así como un salto cualitativo en los niveles de consumismo y mercantilización de la existencia.

Son éstos, sin embargo, fenómenos que sólo a contadas excepciones se revelarán como negativos, dado el indudable éxito del capital en la consecución de un consenso masivo en torno a los presuntos beneficios de la sociedad de consumo de masas.

Existe, con todo, otra posible tendencia que podría quizá concitar mayores temores y rechazos. Dado que la solución neoliberal apuesta por la priorización aún más decidida por la lógica del mercado como criterio asignador de los recursos, y dado también que es ésta una lógica inevitablemente sesgada en su atención hacia el corto plazo, no es imposible que el modelo pueda conducir no sólo a un agravamiento —también ya apuntado— de la situación medio-ambiental y a riesgos ecológicos cada vez más serios, sino a una intensificación de

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ Véase, por ejemplo, S. Giner, "El rapto de la moral: mudanza de la virtud cívica en la sociedad corporativa", *Revista de Occidente*, nº 45, Madrid, febrero de 1985.

la dedicación de recursos a un sector tan rentable a corto plazo como el armamento. Cabe pensar, así, que esta lógica impulse hacia un armamentismo progresivo, que desde luego implicará una creciente militarización tanto de la política internacional como de las propias sociedades nacionales, con la consiguiente consolidación del miedo como principio rector básico de las relaciones entre los seres humanos.

No parece, pues, que los sectores populares, la naturaleza, el ser humano o la propia vida vayan a resultar indudablemente beneficiados con el camino que para salir de la crisis está empezando a andar el gran capital. Antes bien, cabe dudar muy justificadamente de sus efectos. Es posible que si Freud levantara la cabeza sintiera su profundo escepticismo reforzado contemplando cómo Thanatos está de nuevo ganando la batalla.

José Luis ANTIGARAYO

Resumen

NOS HALLAMOS en un momento de aguda crisis económica y política. El mundo de hoy enfrenta a los desafíos de los 80: el paro de masas y el cambio de racionalidad y de valores. En estos años se ha producido una profunda y permanente transformación social y política. El fin del mundo está a la vista.

Con el paso de la postguerra y segunda guerra mundial, el mundo se ha dividido en dos bloques que se disputan el control de una gran masa de poder.

En primer lugar, la era de la civilización urbano-industrial y del primer mundo corporativo, que comenzó de la Revolución Industrial y finalizó en 1945.

En segundo lugar, la era del mundo socialista, que se prolonga, cuando comienza a ser afectado por la crisis de los 80, que se considera superior y distinta del resto de la humanidad, que comenzó en el Barroco y finalizó en 1945.

En tercer lugar, la era del Tercer Mundo, que comenzó en 1945 y finalizó en 1980, cuando la guerra fría finalizó con un pacto de guerra que conllevó la división de la humanidad, hasta que se dio a conocer.

Y en cuarto lugar, la era actual, que comienza en 1980 y se prolonga hasta el presente, cuando se inicia la crisis de los 80, que se considera superior y distinta del resto de la humanidad, que comenzó en el Barroco y finalizó en 1945.

El desarrollo de las tecnologías y la crisis de los 80, que comenzó en 1980 y se prolonga hasta el presente, cuando se inicia la crisis de los 80, que se considera superior y distinta del resto de la humanidad, hasta que se dio a conocer.